

Interacción en espejos

Laura H. Quinteros
Buenos Aires

El siguiente es un comentario publicado en Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, editada en Buenos Aires, Argentina, correspondiente al volumen 25 del presente año.

Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina. Buenos Aires, Argentina.
Acta psiquiát. psicol. Amér. lat., 1979, 25, 75
Adis Castro G. Interacción en Espejos, 109 págs.
Editorial Costa Rica. San José, Costa Rica, 1978

En el propio decir del autor, este libro ha surgido como labor de reflexión acerca de sus experiencias en el proceso terapéutico, esto es, de un querer advertir sus propias reacciones ante la manera de ser y hacer del paciente. Resulta significativo ver poner parejo énfasis en las respuestas del terapeuta y del paciente -el subtítulo del libro reza: sobre el encuentro psicoterapéutico- revelando así una actitud de la cual esta obra es una elaborada explicitación. Estas reflexiones están sustentadas, por lo demás, por una preocupación didáctica, siendo ésta uno de sus valores relevantes.

El punto de mira teórico, fundamental para comprender estas experiencias, es expuesto clara y sucintamente por el autor, señalando, con suma humildad, que ha escogido la perspectiva de la posición teórica que representa Edgar A. Levenson, y que este autor desarrolla en "The fallacy of understating" (1972) y otras publicaciones, entre las cuales destaca una, sobre el concepto de "Intimidad" (1974) y otra, sobre "Un modelo holográfico" (1976). Pero su reconocimiento no sólo alcanza a Levenson -procedente de la tradición psicoanalítica de Harry S. Sullivan- sino también a Ortega y Gasset, a quien considera como la figura más destacada del perspectivismo en el pensamiento iberoamericano y cuyas enunciaciones ilustran y apoyan la exposición del Dr. Adis Castro.

En la introducción al libro, el autor reseña pues, el lineamiento del pensamiento de Levenson, que hace suyo, aun admitiendo que existan diferencias inherentes al modo como cada persona organiza su mundo, y que no sería excepción en este caso. Retoma así el concepto establecido por Sullivan, que Levenson comparte, en el sentido de que el proceso terapéutico ya no está ubicado en el interior del paciente, sino en la configuración de la relación y donde el síntoma es, "más que una queja intrapsíquica, una queja interpersonal," "donde además, la responsabilidad del terapeuta se desprende del hecho de que él, más que un observador-participante, es un observador total, inmerso, junto con el paciente, en el contexto interaccional creado por ambos, "por lo que debe enfrentarse al hecho de que nunca será totalmente objetivo..." Lo fundamental, pues, es la experiencia interaccional, donde la persona ensancha conciencia (sensorial) de sí misma, conociéndose en su interacción con el otro. La concepción antropológica que constituye aquí el marco de referencia es la que el hombre puede ser considerado como una estructura, capaz de transformarse a sí mismo haciendo lo propio con el contexto, y que puede crearse a sí mismo, creando estructuras, es decir organizando sus experiencias de modo singular. Esta estructura, denominada estética por Levenson, aludiendo a la sensibilidad y la percepción es la clave de la terapia, por lo que el objetivo del psicoanálisis será, en tonces, la elucidación de la misma.

Señala, siguiendo su referencia de la postura de Levenson, que su enfoque revisionista "no está sugiriendo en forma alguna una nueva manera de hacer terapia", sino que lo que pretende es "ofrecer un nuevo marco de referencia para la terapia que se está haciendo". Esta posición estructuralista, perspectivista u organicista, pone el énfasis, como sabemos, en los conceptos de totalidad, transformación y equifinalidad, pudiendo observarse cómo los elementos reflejan la estructura total, pues son isomórficos el uno con el otro, de donde se desprende, además, que el significado depende enteramente del contexto.

Otra afirmación importante es que, "terapeuta, paciente, sus quejas, nuestros mismos conceptos de tratamiento y curación, todas son manifestaciones de la época particular en que vivimos, y en última instancia, de su mutua interacción", es decir, son transformaciones isomórficas de sí mismo. De allí la relevancia que adquiere, en el compromiso terapéutico, el advertir ambos, terapeuta y paciente, los campos estructurales dentro de los cuales se mueven. En el caso particular del terapeuta, deberá percibir la estructura relacional idiosincrásica de cada paciente y cómo se convierte en actor dentro de la misma. Todo lo que ocurre en cada sesión reitera esas estructuras, configurando lo que Levenson llama coreografía, de la cual el terapeuta es in-



Dr. Gonzalo Adis Castro, autor del libro *Interacción en espejos*.

vitablemente co-actor. Es decir, éste entra en el sistema del paciente pero debe resistirse a ser transformado en un elemento isomórfico del sistema, para lo cual debe poder percatarse de cómo es incluido en la transformación isomórfica y delinear, entonces, la mutua estructuración de la relación, describirla y comunicarla al paciente, explicitando lo que significa para él, relacionarse y participar con el paciente, "en sus mejores y peores aspectos."

La interpretación, en esta actitud terapéutica, sigue siendo el instrumento fundamental de la cura, pero cambia de forma. Ya no se trata aquí de dar significados a los significados del otro, sino de interpretar en el sentido de informar sobre el significado que tiene para el terapeuta, la experiencia interaccional. El acento ha pasado aquí, del contenido al proceso.

¿Cómo se produce el cambio y el insight? Por resonancia interpersonal. El paciente no aprende nada de terapeuta, sino que en un momento dado, su experiencia interpersonal con aquél provoca un efecto de resonancia, con sus otras experiencias, como si "todas las variaciones armónicas de la misma melodía se alinearan".

Es el momento del insight. De allá que el éxito de la terapia lo constituya más un reorganizar que un inducir conocimiento.

A estas afirmaciones habría que agregar otras dos, de capital importancia en el contexto de Levenson: a) las configuraciones del paciente son resistentes y se hacen evidentes de manera isomórfica en los diferentes aspectos de la vida del paciente; b) cualquier aspecto del material clínico contiene y refleja, en su estructura, la configuración total, pasada y futura. En esta perspectiva, el holograma constituiría el instrumento tecnológico que mejor permite apreciar lo que se entiende por totalidad indivisa, de modo tal que "el proceso holográfico puede ser considerado como un modelo bastante realista del funcionamiento neuropsicológico", y que "este modelo neuropsicológico es el análogo del concepto comunicacional de resonancia."

El cambio, entonces, ocurre como resultado del proceso de elaboración, que se cumple como sucesivas aclaraciones, cada vez de mayor amplitud, de modelos de interacción y de configuración de la experiencia, siempre abierta y sin punto final. "El paciente está activamente creando una visión del mundo ahí afuera. El mundo ahí afuera puede revertir este proceso y crear una visión interna del paciente".

Luego de la exposición sucinta de la perspectiva de Levenson el Dr. Adis Castro, va eslabonando, a través de cinco capítulos, sus propias experiencias en consonancia con los principios expuestos.

En el Primer Capítulo: "Encuentro y Compromiso", se define la relación terapeuta-paciente como un sistema interaccional donde ambos se afectan y se comprometen mutuamente, constituyéndose, podríamos decir, el uno en un reflejo de la circunstancia

El Segundo Capítulo: "El aquí y el ahora" nos ubica en las circunstancias del presente, cuales son las del proceso terapéutico. Lo que importa es lo que ocurre y cómo en la interacción terapeuta-paciente. ¿Significa esto dejar de lado el pasado? De ninguna manera. El pasado está reflejado en el presente, a través de una cierta manera de organizar la experiencia, de acordarle significados, y porque el pasado sigue vigente, las configuraciones son resistentes. Del mismo modo, en las circunstancias presentes, mediado por la configuración de las mismas, aparece el futuro. El paciente busca anticipar su futuro de modo que se confirmen sus deseos y sus expectativas. Una mayor posibilidad de configuración diferente irá dándose en la medida en que cada vez perciba mejor su modo de configuración presente. Será posible, entonces que el paciente caiga en la cuenta de sus alternativas y posibilidades de elección, y pueda resistirse a convertir su futuro en transformación isomórfica del presente. El terapeuta, siempre en un papel activo, debe detectar cómo la manera de anticipar el futuro pone de manifiesto en su paciente, sea una transformación isomórfica, sea una manera diferente de estructurar la experiencia, a partir de una mayor conciencia de sus circunstancias y alternativas relacionales.

El proceso terapéutico es fundamentalmente configuración y movimiento. Este es el tema del capítulo III. El autor toma unas palabras de Levenson como referencia: "Todo lo que sucede en la familia, será de nuevo representado en la terapia. Más aún, esto no será una distorsión o transferencia, sino más bien una verdadera re-presentación isomórfica en la que el terapeuta participa". Es necesario, pues, que el terapeuta advierta el estilo de la configuración total de la relación que se establece, en la que se recrean los modelos estructurales del paciente y cómo él mismo favorece o no a que así suceda.

Esta configuración percibida se convierte en guía del proceso terapéutico para describir la estructura estética del paciente, cuya investigación es la clave de la terapia.

"Si la realidad, la de cada quien, no es diferente a la importancia que cada uno le atribuimos a nuestras circunstancias, si es subjetiva y perspectivista", entonces, se pregunta el autor "¿cómo debo buscar comprender al paciente y cómo interpretar su comportamiento? ¿Cómo llevarlo a comprender e interpretar su manera de ser y hacer?". El capítulo "Confrontación y conciencia" está dirigido a dar la respuesta. "Debo buscar entonces confrontar al paciente, pero no con su comportamiento, sino con las consecuencias interaccionales del mismo; enfrentarlo no con su manera de ser y hacer, sino con su manera de reaccionar ante la suya propia, informándole sobre cómo me siento y reacciono en mi relación con él", nos dice el autor. Toda una síntesis de procedimiento donde el terapeuta también comunica significados; pero aquí lo importante es que estos se desprenden de la relación misma y no de un modelo interpretativo o conceptual.

Al final del encuentro terapéutico, lo que señalará su resultado será saber hasta dónde el terapeuta ha podido evitar ser absorbido por el sistema del paciente, es decir, cómo ha resistido a la transformación isomórfica. Este momento, el final del proceso, una etapa más en la totalidad del proceso terapéutico, es el tema del último capítulo.

Al principio de la relación terapéutica, sobre lo que se pregunta el profesional, son las formas de relacionarse del paciente y sus expectativas. Al final, se pregunta cómo la forma de interacción del paciente, su manera de ser y hacer, sugieren y ponen de manifiesto, aspiraciones más congruentes con su diferente modo de configurar sus experiencias.

La terminación del encuentro señala que el paciente ha alcanzado, en mayor o menor medida una disposición a continuar su propio proceso de elaboración, buscando ampliar cada vez más sus experiencias interaccionales consigo mismo, con los demás, con sus circunstancias. Finalizar el encuentro significa, pues, tomar conciencia de sí mismo y de su perspectiva, con lo que esto implica de aceptación y reconocimiento de la de los demás.

Llegamos así al fin de un libro breve por su número de páginas, pero vasto en cuanto a las resonancias que su lectura provoca. El lenguaje que el autor emplea es el relacional juzgándolo como el más apropiado para describir la interacción. ¿Su recurso va en desmedro de la profundidad? Posible cuestionamiento. A éste se anticipa el Dr. Adis Castro, tomando palabras de Ortega y Gasset: "La profundidad está condenada de una manera fatal a convertirse en superficie si quiere manifestarse".

Con el mismo estilo de procedimiento que nos da a conocer en su obra, la escribe, y los resultados son altamente positivos, en cuanto inducen una reflexión crítica acerca del hecho terapéutico, absolutamente imperioso en nuestros días. Libro escrito con fluidez, se nos aparece como una armoniosa síntesis de conocimientos, experiencias y método, donde las citas tomadas a Ortega y Gasset hacen las veces de llave de bóveda, tal su significativa inclusión. Su lectura constituye una experiencia enriquecedora.